

OK, la noche, un nuevo combate cara a cara con la muerte, los jirones de un sueño atormentado por el miedo, mi cuarto infantil sacudido por orquestas que dictan el destino y todas esas voces asaltadoras del patio trasero que no cesan de gritar mi nombre. Ni un solo ruido en la calle, ningún gemido de monstruos sufridores recién liberados de sus cadenas y que destacan por su dureza y fealdad. Sólo el teclado de la más absoluta oscuridad, el chillido en la cabeza, ese redoble arrítmico, mierda. Antes todo era tan bellamente púber y ahora es literatura cansina.

A las 16.30 me levanto desorientada, enrollada en una sábana, y soy la primera en aburrirme de mí misma. Rumio. Por algún motivo, del oído derecho me sale sangre trenzada a modo de coronas de laurel. Ante

mí brilla algo que descifro como la fealdad de la high society: dos cigarrillos, dos rayas de Ritalin liadas por razones higiénicas en un ticket de compra en vez de en un billete, queso parmesano en polvo y una supuesta depresión nerviosa de magnitud alarmante, probablemente el agujero K; sueño desde hace meses con los diagnósticos de cáncer más bestias, nada de pesadillas sino algo más profundo de donde me despierto gritando, porque hay tantos pensamientos que resulta imposible diferenciar el propio del ajeno. De tantos excesos del tracto gastrointestinal por ataques de ansiedad, quiero tirarme del tercer piso, pero en vez de eso pongo la RTL II, en la que echan un super-documental de animales. Es como un evento televisivo de locura disuelto. De pronto, aparece en pantalla un chacal muy espabilado, seguido de la contratoma de una colonia de mangostas, que será hecha picadillo, como quien dice, por dicho chacal en un plano general, mientras el espectador piensa, pletórico de amor: ¡Bien hecho! Esa mierda de mangostas, Dios nos libre, qué pinta más estúpida, de verdad; de algún modo, sólo merecían ser devoradas, sin duda.

Podría masturbarme con algo de porno duro de la mejor calidad o primero con las uñas y luego mirando al espejo. Mis anexos cutáneos se han convertido en una cadena de eccemas encostrados y las pestañas se me quiebran.

En ese momento, de pronto retorna el silencio.

Un soplo de sociabilidad taladrado, para variar, no por decibelios de música, sino por una sobria ráfaga de aire de mierda que anuncia el verano. No he ido a clase. Cinco minutos antes del primer recreo, a duras penas conseguía meterme bajo las sábanas, con miedo a morirme, el corazón desbocado y un dolor de cabeza que repercutía contra mi pobre cráneo a cada paso, a pesar de que en realidad tendría que haber estado pensando:

Vale, para variar, hoy entraré en contacto con un tomate, desvarío de algún padre responsable; de alguna manera habrá que sacarlo del bocata.

Una hora después de que hayan terminado las clases, estoy despatarrada frente al espejo, a merced del río vacío del recuerdo de la sonrisa empapada de sudor de la noche anterior y de la fuerza rítmica de la repetitiva música de baile, que resurge de sus propias cenizas.

Quiero construir un hogar infantil en Afganistán y disponer de gran cantidad de ropa. No sólo necesito comida y un techo sobre la cabeza, sino también tres villas color blanco titanio, completamente amuebladas, hasta once prostitutas diarias, como mínimo, y un uniforme soviético de Chanel que me recuerde la elegancia de los dorados años veinte. Entonces, conceptos como conocerse a uno mismo o borderline desaparecen por arte de magia. Como los que se las dan de conocernos mejor que nosotros

mismos, porque ahí lo único que cuenta es el dinero. Equilicuá. De pronto, noto que todos me miran. Salgo al balcón fumándome el quinto cigarrillo y sigo bebiendo hasta que me PULO todo el dinero. Últimamente mi existencia se reduce a ataques de vértigo y al hecho de estar siendo semidestruida por la instalación de unas tetas de vaselina hiperreales, pero algo defectuosas debido al Rohipnol.

Digo: «En cuanto empezamos a hacer algo para los demás, en vez de para nosotros mismos, nos liberamos de nuestra cárcel interior. Alice se odia a sí misma, pero eso es justo lo que me mola, veo cómo se raya y se destruye a sí misma progresivamente. Tengo mucho miedo de que un día, de repente, no pueda pensar. Daría lo que fuera por seguir conociéndote. Si no quieres volver a follar conmigo, de acuerdo. Ahora has desaparecido de mi vida. No es posible que me pase la vida fustigándome y reflexionando sobre mi persona, ni idea, creo que tendría que haber algo más que esforzarse todo el tiempo, no sé, quizá un momento irracional, uno de esos momentos en los que me sigues a todas partes con esos ojos desprovistos de color, y yo veo en ellos cómo calculas rápidamente, a cada uno de mis pasos, cuánta gente se interpone entre nosotras. ¿Lo recuerdas todavía? ¿Cómo necesitábamos saber cuántos metros nos separaban? ¿Y que, en cierto momento, para entonces ya estábamos solas, te dije que para mí eso era el sùmmum de la perfección? Aquellos momentos en

los que miramos juntas el mar. Eran tan perfectos que no tenía ni que pensar en disfrutarlos. Siento que me estoy volviendo loca. Soy incapaz de distinguir los sueños de lo que tú llamas realidad. Porque todo lo siento por igual: el viento, tu piel..., todo tridimensional».

En la ducha, las gotas me salpican a cámara lenta, y ese afán suyo por redondearse se debe tan sólo a la tensión superficial del agua.

En contra de la opinión general, una gota de agua en ningún momento tiene forma de gota, es una mierda bidimensional, que por una parte es redonda y por la otra discurre en punta. Para secarme, saco a tirones una sábana azul turquesa de la ropa sucia, que en los dos últimos meses ha estado en un gran cubo junto a dos prendas llenas de vómito. ¿Será el vómito de un completo extraño que me sorprendió en un concurrido aseo unisex? ¿Mi propio vómito? ¿Me aclara algo que no supiera antes? Por lo visto empiezo a olvidarme de los detalles importantes, pero ahora de verdad.

Con una depresión de caballo, me quedo de pie en medio del pasillo sobre una alfombra, que se debió de poner en un pasado prehistórico por algún extraño motivo que no consigo dilucidar, de un cierto color verde grisáceo, sucia y llena de quemaduras de cigarrillo. Dios, ¡qué horrible es todo!

1. He perdido mi historia de retales mal cosidos estampada con sexo anal, lágrimas y necrofilia.
2. Tengo una inflamación abierta en la garganta.
3. Mi familia una panda de especímenes estancados en alguna de las etapas omnipotentes de la infancia, con una necesidad enfermiza de exhibirse a sí mismos. A lo sumo, y con eso ya quedaría dicho todo, serían capaces de redactar un texto en clave cultural pop, contestando a la pregunta de cómo es posible que la vanguardia, A PESAR DE TODO, baile la danza del vientre.

You've made my shitlist

(L7)

A sí que yo: «Perdona, ¿podrías ayudarme con el pollo? No sé qué tipo de pollo tengo que comprar».

Me encuentro delante de la gran cámara frigorífica del Lidl.

Registro sonoro de una diseñadora de comunicaciones heterosexual, con chaqueta de punto a rayas grises y azules:

—¿Perdón?

—Tengo que comprar un pollo para la cena, y aquí veo pollos para asar y para caldo, y no sé cuál coger.

—Sí, claro, sorry, pero yo tampoco sé si tu madre necesita un pollo para asar o para hacer caldo.

—Mi madre lleva tiempo muerta.

—¿Y tu padre?

—Es uno de esos gilipollas de izquierdas de poder adquisitivo superior a la media que termina imponiendo su santa voluntad a los demás, que se pasa la vida haciendo arte con pretensiones de eternidad y que vive en la calle Auguststraße. Un tipo que cada día necesita hasta once prostitutas, kilos de cera para el pelo, y que cada día pinta con rotuladores de punta gruesa melancólicas obras de arte expresionistas sobre un conjunto de diferentes carátulas de discos en blanco y negro. Por las noches, hasta las orejas de LSD, se dedica a colgarlas en las paredes con ayuda de sus galeristas. Su vida podría resumirse así: música depresiva. Los Melvins, Julie Driscoll, Neil Young... Como si no existiera en este mundo más gente que hace música aparte de Neil Young y Bob Dylan, cada semana encarga discos por valor de trescientos dólares. Apenas le conozco.

—Pero entonces, ¿dónde vives?

—Con mis hermanos.

—¿Y a qué se dedican?

—Mi hermana se llama Annika y es una trepa del marketing, se las sabe todas. Mi hermano diseña estampados para una selección de la oferta textil de una empresa dedicada al social-shopping, con sede en Leipzig. Él sólo tiene que poner a disposición del gran público sus diseños en una plataforma on-line y, ¡hala!, a esperar que a algún descerebrado se le ocurra la genial idea de pasearse por ahí con una suda-

dera con capucha, color crema, en la que ponga con letras negro-rojodoradas: «Los colores de nuestra bandera nacional son la monda». Edmond también diseña todas esas camisetas más serias, con el lema de: «I'm not an alcoholic, I'm drunk. Alcoholics go to meetings!». Tiene veintitrés años, es una mezcla de Marlon Brando y esto..., ahora mismo, ni idea, y posee un par de las auténticas Pro Bowl 2007 Air Force doradas de Nike, de las que únicamente existen quinientas repartidas por todo el mundo. Está en paro, es chulo y arrogante por convicción, es fan de Ray Davis.

If found please return to the club.

—¿Y tú?

—Como en cualquier menor adicto a las drogas con cierto grado de reflexión, mi afición por huir de la realidad se expresa en una marcada tendencia a la lectura compulsiva. Devoro con la misma desesperación un libro de ficción librepensadora sobre psicoanalistas paquistaníes que una tesis que investigue el nexo que une Moby Dick con el nacionalsocialismo. La luz del día sólo apartada con gesto indolente.

—Pues nada, ¡encantada de haber hablado contigo!

—Genial, ¡hasta la próxima!

Todavía me acuerdo de la época en que, con buen tiempo, hacía otra cosa que bajar las persianas. Abatida, me trago un ensayo sobre la práctica de la Cultura DJ:

Se ha producido un cambio drástico en la pista de baile en los últimos escasos veinte segundos. Ahí fuera todo son clamores, gritos y un nuevo nivel aún más extremo.

—Hola, Edmond, ¿cuándo vienes?

—Ni idea, ahora mismo estoy en la tienda de Alte Schönhäuser con Luther y luego viene esa Penny, que siempre lleva algo de PCP encima.

—¿Y cuándo piensas volver?

—No lo sé exactamente, acaban de llegar ese mengano con su peque, ya sabes, ese tío que siempre aparece con su novia para imponer su santa voluntad: «Is it mixed by you? It's mixed like shit! ¡Eh, tú, carca! Berlin is here to mix everything with everything».

—¿Es tuyo?

—¿Qué? ¿¡Eh, tú, carca! Berlin is here to mix everything with everything? Mira, Mifti, yo echo mano de todo lo que pillo, mientras me inspire y me dé alas: películas, música, libros, cuadros, poemas de charcutería, fotos, conversaciones, sueños...

—Nombres de calles, nubes...

—... Las luces y las sombras, exacto, porque mi trabajo y mi robo se convierten en auténticos en cuanto algo de todo eso me toca el alma. Da igual de dónde saco las cosas, lo que importa es adónde las llevo.

—Entonces ¿no es tuyo?

—No, de un bloguero de éstos.

—Pero ¿cuándo piensas venir?

—Ya te he dicho que todavía no lo sé con exactitud, quizá pronto.

—¿Y eso cuándo es?

—Pronto. Quizá incluso ahora mismo.

—¿Cómo que ahora mismo?

—Sí, ahora, enseguida.

—OK, ¡hasta luego!

Abro la puerta a nuestra nueva asistente, y el shock conmociona al instante su rostro estúpido cuando ve semejante exceso de dejadez. Me mira como si tuviera miedo de chocar con el cadáver de un bicho descompuesto.

—Annika, ¿por qué te empeñas en tener una asistente?

—Pues porque me parece genial de la muerte que la sábanas estén planchadas, y todo lo demás.

—Pero ¿puedes dormir por las noches teniendo a tanta gente a tu servicio?

—Mira, Mifti, hasta ahora estabas desatendida y ahora seguirás desatendida pero rodeada de bienestar. Tú hazme caso, ya verás cómo en dos meses de tanto bienestar desatendido se te olvida que las asistentes también son personas.

Aunque la señora Messerschmidt está jubilada, trabaja todos los días doce horas en negro porque su marido, un gilipollas al que le va la bronca, no se mueve de casa. Enseguida se pone en duda que yo sea capaz de tratar al personal doméstico, dilema que queda resuelto tras apenas sesenta minutos de trabajos forzados en el balcón, con gran nivel de sacrificio por ambas partes, tanto sobre su situación familiar como sobre mi rechazo a la educación escolar. Yo quiero empleados domésticos que no entiendan ni papa de alemán y que no me recuerden, cada vez que echan un vistazo en mi dirección, lo horrible que es todo, especialmente el vestido de estampado étnico que no se ha planchado en los últimos dos años, y que la vida tampoco mejora con los años. La ropa para planchar es un capítulo aparte. La luz del día también es un capítulo aparte.

Por extraño que parezca, sé perfectamente lo que quiero: no crecer jamás. Dentro de pocos años ya no tendré fuerzas suficientes para pensar con lucidez en el color de la primera funda de sofá que compre con mis ingresos. Con tristeza, haré un re-

cuento retrospectivo de mi proceso de desarrollo marcado, con respecto al promedio, por un mayor número de caídas y recaídas contraproducentes, y me avergonzaré hasta el infinito de este meter-aguja-para-sacar-reja hackeando ordenadores, o por lo menos así se dice, creo. Como para entonces espero haber captado a Foucault, porque dispondré de otras medidas de comparación y me habré cargado a mi familia, de pronto comprenderé que la fase en la que me encuentro ahora mismo, es decir, esta montaña de basura formada por el transcurrir de los días sin orden ni concierto, mi no escolarización y las sábanas empapadas de sudor, fue la mejor época de mi vida.

Edmond vuelve a casa. De una bolsa del Aldi saca cigarrillos y tres tabletas de hachís. No sólo se parece a Marlon Brando, sino que una parte esencial de su vida está basada en una biografía con el mismo nombre; sin ir más lejos, el concepto de decoración minimalista de nuestra casa: dos habitaciones prácticamente enmoquetadas con un total de trece colchones, de libre acceso para cualquier medio yonqui desconocido de la calle. A Edmond no le importa dormir cada noche en un lugar distinto de la casa y, en verano, incluso deja la puerta principal abierta para que, de alguna manera, ese tránsito excesivo funcione aún mejor. Hasta el día de hoy nadie ha tratado de irrumpir en nuestra casa para llevarse algo. Claro que, en nuestro caso, tampoco sería irrupción, porque,

para robarnos, ese alguien sólo tendría que entrar por la puerta abierta, pillar el MacBook Pro o lo que fuera y volver a salir tan campante. Una vez, sin saberlo, Edmond abrió la puerta de la casa a unos ladrones, de manera que robaron en las casas de todos nuestros vecinos. Un sistema de altavoces, un proyector de vídeo colocado con mucho refinamiento, ceniceros y colchas estampadas con héroes de cómic. En una de las paredes sin limpiar, cuelga un póster blanco en el que pone, aunque apenas se vea: *Nowhere better than this place.*

Una mierda de música siempre será simple y llanamente una mierda de música y en ningún caso me hace gracia. *Good Day* de los Kinks es bastante pasable, empieza con un despertador, luego viene Patsy Cline, sobrevalorada, y *Sunday Morning* de Margo Guryan, los Violent Femmes cantan *The Love is Gone*, trato de autoconvencerme de que algo de verdad hay en lo que dicen y pienso en cadáveres desmembrados, esparcidos por la nieve. En líneas generales, a todas estas canciones las une que fueran escritas en una época en la que todavía no se conocía el éxtasis.

Es la biblioteca de iTunes de Edmond. Le cuento que mi vida va de lujo. Él me cuenta que la canción

Hey hey, my my es la primera mezcla de rock de toda la vida con punk y que, según un estándar más que generalizado, relacionar la palabra «tecno» con la palabra «cultura» y relacionarla con un movimiento juvenil que se autoproclama alternativo, en vez de con discotecas cutres para gente bien, es de paletos. Dar por supuesto que el éxtasis, el tecno y uno mismo son una misma y única cosa que rebasa cualquier límite es noventero, así como esnifar es ochentero y el pelo rizado de antaño es el nuevo peinado liso.

—Pero ese «ser una misma y única cosa» como tú lo llamas es lo único que me queda —digo.

Colocamos las tabletas de hachís sobre la alfombra del pasillo y cortamos el costo, esparciendo una capa uniforme de bizcocho desmenuzado por encima para luego hacer bolitas de esa mierda.

—¡Dios! ¿Has visto el bulto que me está saliendo en la cuenca del ojo? Qué pedazo de grano... —digo.

Edmond se está lavando los dientes y cuando contesta «a lo mejor es un forúnculo», le caen gotas de espuma de pasta de dientes sobre la camiseta de Christopher Kane, con la cabeza de un mono estampada.

—¡Gilipollas!

—Karl Marx siempre tenía algún forúnculo en el culo, nunca mejor dicho, y por lo general dejaba que se los extirparan.

—Oye, ¿hay alguna mujer que haya rodado cine de acción? Aparte de Karl Marx.

—Angelina Jolie. *Lara Croft*.

—Me refiero a directoras, imbécil.

—¡Ah! Ni zorra.

—¿A que no hay?

—Seguro que no. A lo mejor ésa es tu misión.

—Dedicarme a revolucionar el cine de acción femenino, ¿verdad?

—Sí, más exactamente el melodrama de acción.

—El melodrama de acción femenino.

—El melodrama de acción feminista.

—Ni de coña, ¡el melodrama de acción antifeminista! Hoy me diagnosticaron una fobia a la proximidad con otras personas, ¿qué dices a eso?

—Digo: allá donde va Mifti, se comen con patatas sus peores y más terribles pesadillas. Allá donde Mifti llegue, deja una estela de cenizas de corazones consumidos por las llamas. Hoy está aquí, mañana desaparece. Pero para la gran mayoría es la viva reencarnación de «la crisis del Sputnik» hecha mujer. Te las voy a hacer pasar putas.

Ni rastro de un giro decisivo para este día anodino. Charlamos sobre el pequeño Áneas, un hombrecito de tres años. Hace apenas unas horas hacía equilibrios sobre un balancín y gritaba a uno de sus padres: «¡Que no, hombre, que no quiero ir a yoga!».

Su madre, embutida en un abrigo de nailon de color beige, ha venido de visita para comer, invitada por mi hermana, y ha dado por supuesto que también él estaba invitado. Ahora está jugando con un cañón hecho de piezas de Lego, que puede catapultar pequeños soldaditos de plomo de un lado a otro del cuarto de estar y, al parecer, todo el mundo espera que le confeccione un disfraz de caballero medieval con un material muy raro que parece aislante. Mi aspecto lo dice todo, ejemplifica el caos, la disgregación y mi aversión a los niños, y esa madre me interrumpe para decir:

—Perdona, ¿te molesta el ruido?

—No, los niños, ya se sabe... —contesto.

Comemos palitos de pescado. Äneas está sentado en una estantería, con su disfraz de caballero medieval, esperando vete a saber qué.

—¿Qué haces? —le pregunto, pero sin obtener respuesta.

—Äneas, ¿sabes dónde estás sentado?

—En un tren rápido.

—¿Y adónde vas?

—A Barcelona. Voy a luchar.

—Me tienes impresionada, Annika. No sé cómo lo haces, pero siempre puedes con todo.

—Muchas gracias, pero creo que ex...

—Lo digo en serio, puedes con lo que se te ponga por delante.

—No te creas, simplemente presto mucho cuidado a la hora de elegir y por eso da la sensación de que puedo con todo.

—Que no, que no, que puedes con todo.

Annika es lo que comúnmente se llama una mezcla de Beate Uhse, Alice Schwarzer y la madre Teresa de Calcuta. Se lo ha currado hasta alcanzar una posición que le permita dominar el cotarro, está como un tren y le pirra la carne, sobre todo de corte argentino; el caso es que a sus ojos, por desgracia, quien se pasea con camisetas de color fosforito por el ambiente underground berlinés, dejándose los higadillos en una de otras tantas odiseas traumáticas, es decir, alguien como yo, pues como que no termina de..., pues eso, de nada. El padre de Áneas también ha venido de visita. Está despatarrado sobre el sofá, justo enfrente de mí, hecho polvo y sin tener ni idea de cómo mantener a flote con mentiras una vida familiar, por amor a un niño con trastornos sociales, que ha fracasado por su falta de inteligencia y las ambiciones desbordadas de emancipación de su mujer. La misma que viste y calza está contando que su nuevo ligue ha comprado garrafas de agua en eBay por valor de cuatrocientos euros.

En tiempos prehistóricos, ambos vinieron a casa a bañarse porque tenían la suya ocupada por albañiles. A través de la puerta entornada se oía todo el rato cómo discutían pseudoacaloradamente sobre feminis-

mo, sobre la alianza feminista con el patriarcado y la reestructuración que ha sufrido la sexualidad femenina debido a las fantasías pornográficas masculinas, que en realidad ya no es tal. Que el útero femenino tan sólo es una creación de uso discursivo y cosas así. Y fue genial, porque durante todo ese tiempo ninguno de los dos salió de la bañera para poner tierra de por medio, porque tampoco querían andar en pelotas por nuestra casa.

Las vidas más terribles son un golpe de suerte.

En cuanto él se da cuenta de que le miro, suelta de pronto resoplando:

—¡Eh, Mifti! ¿También has estado hoy con Luther en los almacenes Schönhauser? Montaban una de esas fiestas rave de delirio.

—Eh, ¿qué?, no, ¡qué cosas tienes! Edmond fue solo, de hecho ni siquiera sé a qué te refieres con eso de fiesta «rave».

—¿Cómo?

—¿Y ahora qué?

—El desajuste horario y todo eso. Como tienes mala cara, parece que sufres un ligero jet lag, además, las cajetillas están en inglés...

—¿Disculpa?

—¿De dónde has sacado entonces los cigarrillos?

—A mí qué me cuentas, los ha traído Edmond.

—Sí, claro, alucino, cuando yo tenía tu edad, en vez de fumar aprendía a anudar globos.

—Cuando yo tenía tu edad... ¡ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja!

Qué vomitivo me parece todo esto, la cháchara de los adultos, la historieta de que una vez Æneas, en un restaurante, señaló a alguien de una mesa vecina y que la estúpida de su madre le tuvo que decir: «Æneas, ¡señalar con el dedo es de mala educación!», y entonces el crío pincho un trozo de patata con el dedo y volvió a señalar al susodicho. Cero de gracia pero... ¡ja, ja, ji, ji, ja, ja!

Suena el móvil de Annika. La señora Pegler se ha sentido obligada a llamar a mi padre, para ponerle al corriente de que en los últimos seis meses no he aparecido por clase. Me la suda, en serio.

—No eres una víctima, tú misma eres la causante.

—Perdone, pero su chisme o lo que sea se está quemando.

—¿Terminar los estudios? ¿Para qué? Tengo una bicicleta y puedo mantener la moral alta gracias a los estudios cinematográficos franceses, en cuyas películas más de un protagonista se mete vete a saber qué mierda que saca de un cuenco de barro hecho a mano, mientras engaña a su mujer.

20.13. SMS de mi padre desde Tel Aviv con el siguiente texto: «¿Qué piensas hacer ahora?».

20.29. SMS para mi padre en Tel Aviv con el siguiente texto, más que prometedor: «No existe

regreso posible al mundo de la “pequeña delincuencia”».

20.33. «¿Por qué no me llamas?».

20.34. SMS a Ophelia en su fase andrógina: «¿Sabes...? Te colmaría de toneladas de amor en este preciso instante. Todo. Anytime».